

Ecos de nuestras publicaciones

LA CRISIS CONTEMPORANEA, de Gonzalo Restrepo Jaramillo.

En Ibero América han comenzado a ver la luz pública una serie de ensayos de índole social y filosófica que tienen por tema la realidad de nuestros países. Este hecho, que constituye legión, nos indica que la ciencia iberoamericana está llegando a su maduración, a su edad reflexiva. El continente empieza a replegarse sobre sí mismo por medio de sus más preclaras y altas inteligencias, y la cultura —propiedad eminentemente aristocrática— asume caracteres autóctonos que, aunque sin despegarse de los moldes europeos y universales —y esto con muy buen sentido—, contiene y entrafia la substancia de una realidad nueva, la raíz y ambiente de una tierra nueva que aflora a la faz del mundo: Ibero América.

Entre las últimas obras de que he tenido noticia está el estudio enjundioso y siempre ameno del Dr. Gonzalo Restrepo Jaramillo, de Colombia. Siento un especial placer por todo lo que me llega de Colombia, nación que me es particularmente grata. Ella ha siempre conservado una tradición del espíritu, una aristocracia intelectual y emocional, que la levantan y la ponen en sólido pedestal en la constelación de todas nuestras repúblicas, para significar la fuerza del espíritu empeñado en luchar contra un ambiente muchas veces pobre y sórdido. Ser intelectual en Ibero América ha sido siempre una labor semi-heroica. Cuando una nación conserva, se precia, se esfuerza y lucha por el depósito de la cultura y se esmera en mantener y alimentar una auténtica aristocracia espiritual, esa nación es un paradigma heroico, especialmente en nuestros tiempos, y constituye un ejemplo de la más alta virtud internacional. Y ese es el caso de Colombia.

Los fundamentos de la historia y de la cultura son valores universales. Sólo cuando una cultura o una civilización respetan un mundo de valores universales, tienen el derecho a ser consideradas como tales. La verdad entra a nuestro universo participativamente y tiene derechos sobre el tiempo. Porque es eterna. Porque no está encadenada a las efímeras regiones de la existencia. La manifestación de estos valores los ejecuta el hombre en el tiempo y a través del tiempo como el resultado inevitable del contacto de su espíritu con la realidad. La cultura se mueve por analogía y en espiral, a modo de descubrimiento de las altas zonas del ser. Ella es la más genuina expresión del espíritu.

En los momentos de tránsito y de catástrofe, cuando la historia abre nuevos estados, cuando se hace inevitable abandonar ciertas formas o categorías históricas para absorber otras, es cuando aparecen los grandes filósofos de la historia. Así aparece San Agustín en el crepúsculo del Imperio Romano, así también Berdiaeff, Maritain, Solovieff, en el declinar de nuestros tiempos. Hay una necesidad de revisar los actuales acontecimientos a la luz de los grandes principios eternos, sobre la base de lo inmóvil que da la explicación de todo movimiento y por consiguiente de la historia.

Los filósofos cristianos, más que otros, tienen el deber de emprender esta tarea. Un filósofo que no escriba ni sienta los problemas de su medio ambiente, de su tiempo, no es en realidad un filósofo: su filosofía no está ordenada en último cumplimiento a la existencia que es su término natural y pleno. El que no vive la vida en su plenitud espiritual, puede callar como si la vida pasara a su lado perteneciendo a otros. Todos estos acontecimientos deben ser vistos a la luz de los grandes principios que explican el puesto y la situación de la naturaleza humana en el universo.

La obra de Gonzalo Restrepo Jaramillo se enlaza con estas reflexiones. El autor pasa revista sucinta a los grandes hechos, sistemas, teorías sociales y políticas que se han sucedido en nuestra tierra en los últimos siglos. Analiza los más relevantes problemas, especialmente la cuestión social y la crisis política. Estudia muy bien las verdaderas causas de la historia, de "aquello" que se mueve entre los dos polos de la causa material y el de la espiritual o formal. Hablando sobre el Materialismo Histórico tiene observaciones profundas y llenas de sugerencias, especialmente cuando dice que el Marxismo no llegó primeramente como resultado de una acumulación y maduración de un mundo económico y capitalista sino reconociendo factores más profundos, en una nación, la menos industrial quizá de Europa en aquellos tiempos. El problema histórico es en el fondo el saber hasta qué punto, en determinadas circunstancias, la libertad puede ser predicha sobre el mundo informe y fatalista de la materia, a la que hasta en cierta extensión y límites obedece el hombre. El Materialismo Histórico es *más verdad* y cumple ciertas aplicaciones en la medida en que la cultura es materialista, y sometida a las leyes del tiempo. En muchas ocasiones, para la explicación de un *hecho histórico*, pueden concurrir varias teorías, teorías que muchas veces *ad irreductibile y en última instancia* se oponen irremediabilmente entre sí. El hecho histórico ofrece una multitud de fascetas: es polivalente. Así un hecho religioso puede ser explicado válidamente en historia por varias teorías. Sin embargo, y aquí radica la fundamental diferencia entre ellas, sólo una en el fondo es apta para explicar en sus supremas causas, de un modo analógico, la verdad de su existencia. Sólo una está entrañada casi linealmente, de raíz, como una vertical, para asumir en su plenitud la polivalencia contenida en la realidad histórica. Y una teoría que aspire a explicar la historia de este modo, tendrá que ser, por esencia, religiosa o metafísica. El Materialismo Histórico es unilateral y adolece además de errores cuyas consecuencias son innumerables. En el fondo, cuando se lo confronta con los primeros principios metafísicos, es superficialmente ingenuo y pueril.

Dice bien Gonzalo Restrepo Jaramillo cuando afirma que la Reforma fue el principio de nuestra gran crisis. La Reforma y el Renacimiento concurren para crear *el mundo del hombre solo*, del ser abandonado y desolado. El pensamiento de Heidegger: "la existencia humana es el desamparo en la limitación", que siempre conservará su valor ontológico porque él entraña una constitución de límite, inherente a todo hombre, cobra hoy un sentido histórico y se extiende al sentimiento, a la angustia, al aburrimiento, a la carencia de grandes ideales que sacuden nuestra cansada estructura humana, a ese que yo llamaría "fin de civilización", y que llena con su vacío la emocionalidad del hombre contemporáneo. Kant es, a mi juicio, el sistematizador filosófico de todas las ideas contenidas y desperdigadas en el Renacimiento. Con Kant ese mundo se hace conciencia y sistema. Su Crítica termina por demoler los postreros latidos de un mundo que comenzaba a caerse solo, por el peso de su propia sombra. La Reforma, al poner la libertad religiosa e individual por encima de to-

do dogma y de toda verdad fuera del hombre, fue en el fondo la gran enemiga de la libertad. Es cierto que la libertad es un valor trascendental, pero no es menos cierto que la libertad supone primariamente el mundo de la necesidad, de cuya plenitud brota. El Liberalismo va contra la esencia del hombre cuando edifica un mundo ilusorio, cuando sumerge —a estilo de Secretan— todos los valores hacia un punto que no existe. Ir contra los valores ontológicos es quitar y suprimir la vida misma del espíritu y de una cultura; entonces adviene una especie de "matematización", una falsa cultura que tiende a considerar solamente la "individualidad" del hombre y no su "personalidad", es decir, esa individualidad como una línea que viene desde la nada y sube hasta ciertas regiones del ser, pero sin trascenderse jamás. Sólo por la personalidad, y únicamente en cuanto persona, el hombre es apto para subir hasta Dios y ser respetado como una creatura autónoma y libre, cuya autonomía y libertad *dependen*, y son causa de ellas, de la plenitud y de la voluntad de Dios. Una cultura, así como el hombre, que no es capaz de abrirse en las regiones de Dios y superarse en la trascendencia, está condenada a perecer. No tiene salvación. Y en la raíz de toda actividad histórica y humana hay siempre un profundo anhelo de salvación.

Gonzalo Restrepo termina su concienzudo libro hablando sobre su patria, Colombia. En muchas de estas últimas páginas se vierten muchos problemas que nos son comunes a todos los iberoamericanos. El desea, como todos los hombres libres, que ningún "totalitarismo" prenda en tierras de América. La verdad en el totalitarismo no es trascendental, y por tanto, ya no es verdad. Es un solo nombre. La verdad es soberana, y por ser soberana exige también un mundo de libertad soberana. Una libertad soberana solamente puede brotar de una verdad soberana. "La Verdad os hará libres", dice el Evangelio. La Verdad con mayúscula, es decir, indicando que ella es el mismo Dios en cuanto El es su último fundamento. Por eso cree firmemente que la democracia social, régimen que avalore al hombre en su totalidad y en su funcionalidad, es el ideal de toda civilización. Ella respeta y mantiene un mundo jerarquizado de disciplinas científicas que colaboran en proporción hacia el bien común, redundando en último resultado la acción de todas ellas, como diría Toniolo, en beneficio de los más débiles.

Felicito al Dr. Gonzalo Restrepo Jaramillo por su estudio. Puede ser que en algunas de sus afirmaciones no concuerde con él. Pero sí en lo fundamental y esencial y en su alto miraje. Lo discorde es sólo accidental. Su estudio me ha merecido admiración e indica un espíritu profundo. ¡Ya quisiera yo poder escribir una obra de tal altura sobre tan altos temas con proyecciones sobre Chile y hacer converger la atención a nuestro gran destino hispanoamericano! Estamos viviendo la agonía de un mundo histórico. Entramos en la noche de la purificación, estremecidos, angustiados, con temblor de preguntas, secos, con la vacilación de los hombres crepusculares. La historia comienza a desplazarse otra vez hacia las grandes interrogaciones. El hombre coetáneo, solo y desolado, empieza tal vez nocturnamente a volver el rostro hacia las regiones de Dios. En esta hora solemne y dramática, la angustia ha empezado a abandonar el campo para dejar el paso a la humildad. Los que todavía creemos firmemente en la trascendencia de los valores espirituales, debemos levantar los ojos a Dios, el único depositario de los inescrutables designios. Y entonces sentiremos que el Amor va más allá de todas las palabras humanas.

CLARENCE FINLAYSON.

Notre Dame, agosto de 1941.